

**I**gnoro como Keka Ruiz-Tagle logró penetrar tan profundamente en un mundo tan ajeno al contexto cultural en que vivimos inmersos los humanos de nuestro tiempo, como es el caso de su arte actual fuertemente emparentado con la estética aborígen americana. Da la impresión de que ese mundo “otro”, en el más profundo sentido de la palabra, fue el que buscó a nuestra artista para emerger en esta modernidad, antes de que ella hiciera un esfuerzo consciente por buscarlo, para hallar en él las motivaciones formales y simbólicas de sus creaciones.

El proceso por el cual ella asumió como propia la estética, la poética y la sapiencia de nuestros antepasados aborígenes de la América andina es un fenómeno psicológico que trasciende el solo ámbito de lo individual; es una emergencia del inconsciente colectivo. Algo semejante a lo ocurrido con el compositor ruso Igor Strawinsky, quien, en la víspera de la revolución bolchevique, fue poseído por el imperativo de ajustar su música a los ritmos rituales prehistóricos de la Europa oriental que él investigó asiduamente y de lo que resultó su célebre “Consagración de la Primavera”.

El que escribe estas líneas vivió una experiencia semejante que lo vinculó espiritualmente con el pueblo mapuche, su sapiencia y su arte. De modo que, al decir el suscrito que ese mundo aborígen americano buscó a una artista llamada Keka Ruiz Tagle, sabe lo que está diciendo.

En su arte, el regreso a las formas simbólicas de la figura humana como se percibe sobre todo en la última fase de su arte, vale decir, en sus creaciones en el ámbito de la cerámica, tiene un propósito que a veces el mismo autor desconoce. Porque, la posibilidad de reproducir tal cual un rostro humano, como es el caso de cualquier retrato del siglo XV europeo, supone un modelo de sociedad que alienta el desarrollo de la individualidad pensante y deliberante, en tanto que la forma simbólica de un rostro que nos mira impersonalmente desde hace muchos siglos y milenios, es el rastro que deja en la materia plástica la concepción del hombre de toda una comunidad humana en la que todos cooperan al bien común, en un orden social que procura no alterar la igualdad fundamental de su estructura.

Keka Ruiz Tagle comenzó su trabajo creativo en la pintura pero llegó a consolidar su arte en la cerámica, en la cual se percibe una curiosa alianza de la figura humana con volúmenes básicos que pueden sugerir masas de origen rocoso, vegetal o troncos corporales humanos. Dejando en claro que no se trata de una reproducción imitativa de la cerámica precolombina, que es ceremonial a la vez que utilitaria, aunque algunas de sus obras, de hecho, sean vasijas.

En sus escritos explicativos da un testimonio de su propósito consciente de impregnar todas sus obras con el fluido espiritual que emana de los ceremoniales chamánicos. Recurre a la asistencia de espíritus de los elementos, conforme al sistema de creencias ancestrales de las culturas andinas. Pero como el resultado artístico de todo ese complejo en cierto sentido “mágico” es una auténtica creación, todo lo que antes en el pasado se dio como arte indígena, es el trasfondo implícito, más como presencia irradiante que como una continuidad del mismo tratamiento formal.

Estas figuras de arte cerámico se imponen por presencia. Hay en ellas un recogimiento religioso espontáneo y sobrio, pero que se traduce en una solemnidad que nos sobrecoge. Un arte que participa de la solemnidad de todo auténtico arte arcaico, sin dejar de ser un arte que emerge en el contexto cultural del occidente moderno.

Da la impresión de que la presencia de esas figuras que se sitúan entre lo humano y lo elemental, entre lo humano y lo luminoso, no podrían integrarse a un conjunto de otros objetos para formar parte de un espacio

habitado público y privado, porque transmite una seriedad que remite inevitablemente lo trascendente. Su presencia en el hábitat humano no podría, sino ser algo así como el espíritu guardián de nuestra morada.

La artista ha sabido escoger para estas imágenes de los que parecen ser nuestros ancestros más remotos, los colores vivos de lo que el tiempo milenario ha dejado en su materia presente, sin excluir las variaciones de tono de la misma degradación cromática; manchas de consistencia húmeda o aceitosas, contrastes flagrantes entre lo que parece actual y lo que al parecer los siglos han sobreimpuesto o borrado, todo de una apariencia natural como si no fuera un artista de la era industrial el que lo ha creado, todo eso da a estas obras de Keka Ruiz Tagle el carácter de una transferencia, porque son una reaparición de lo que los humanos fuimos en esos tiempos en los que sabíamos habitar la tierra.

La simbiosis tan integrada de los rostros y las manos, es decir, conciencia y acción, con los volúmenes de materia natural en que están insertos, nos retrotrae al célebre mito del hombre primordial, cuyo cuerpo fue modelado en arcilla, pero en cuyo rostro se alumbró la luz de un alma al soplo del Espíritu.

Ese soplo espiritual es el imponderable más poderoso de esta comunidad de seres que nos dan la impresión de no haber sido expulsados del jardín terrestre original.

**Gastón Soublette**

A handwritten signature in black ink, reading "G. Soublette". The signature is written in a cursive, flowing style with a large initial 'G'.